

La Comédiathèque

Preliminares

Jean-Pierre Martinez



comediatheque.net

**Este texto se ofrece gratuitamente para la lectura.
Antes de cualquier explotación pública, profesional o aficionada,
se debe obtener la autorización de la SACD :
www.sacd.fr**

Preliminares

Jean-Pierre Martinez

Un hombre y una mujer se encuentran cada día en un café. Sentados solos en mesas separadas, se observan de reojo con curiosidad, sin atreverse todavía a hablarse. ¿Sucumbirán al deseo de un encuentro cuya realidad no necesariamente estará a la altura de lo que ambos habían fantaseado? Conocerse siempre implica reducir las posibilidades. Quedarse en los preliminares implica correr el riesgo de perderse lo esencial...

Reparto

Ella
Él

Escena 1

Un hombre y una mujer están sentados en una cafetería, cada uno en su propia mesa. Hay una tercera mesa vacía entre ellos, con algunos periódicos. Ambos tienen cuadernos delante de ellos y escriben algunas notas de vez en cuando. Evitan cruzar miradas, pero a veces lanzan miradas furtivas en dirección del otro. El hombre se levanta y se dirige al público, mientras la mujer sigue sentada sin cambiar de actitud e ignorándolo.

Él – ¿Ven a esa mujer sentada en esa mesa? Ella está aquí todas las mañanas. Llega un poco antes o un poco después que yo. Alrededor de las ocho de la mañana. Pide un café. Se queda aproximadamente tres cuartos de hora. Siempre sola. Parece perdida en sus pensamientos. De vez en cuando, anota algo en su cuaderno. ¿Qué? No lo sé. Esa mujer es un misterio. Cada mujer es un misterio antes de dirigirle la palabra y que ella nos responda, si es que accede. Un misterio, y por lo tanto una promesa. La promesa de un viaje. De una aventura. Un salto a lo desconocido. La emoción de ese encuentro exaltante pero peligroso con el otro... Claro, podría levantarme e ir a hablarle. Pero en realidad, no es solo la timidez lo que me retiene. Ni el miedo a ser rechazado. Siempre se puede encontrar una excusa para abordar a una desconocida sin arriesgarse a caer en el terreno resbaladizo de la típica estrategia de conquista...

Saca un objeto minúsculo de su bolsillo, se acerca a ella y le muestra algo en la palma de su mano.

Él – Disculpe, señorita... ¿o tal vez señora? Encontré un pendiente esta mañana debajo de la mesa que suele ocupar. Me preguntaba si podría haberlo perdido usted...

Ella lo mira indignada, echa un vistazo rápido al pendiente, niega ligeramente con la cabeza con aire desdeñoso y vuelve a sumergirse en su cuaderno. Él se vuelve a dirigir al público.

Él – En el peor de los casos, ella me respondería cortésmente que no ha perdido algo así, y eso sería todo. Sabría a qué atenerme y mantendría mi dignidad. En el mejor de los casos, si no le soy completamente indiferente, aprovecharía la oportunidad para aceptar la oferta que le estoy haciendo y entablar una conversación.

Se vuelve a ella, con la palma abierta. Ella toma el pendiente y lo examina antes de devolvérselo con una gran sonrisa.

Ella – No... Desafortunadamente, no es mío. Lástima, es muy bonito... Si acaso encuentra la segunda, por favor avíseme... Pero por favor, siéntese... Nos cruzamos todos los días y todavía no hemos tenido la oportunidad de hablar...

Él se aleja y vuelve a dirigirse al público, mientras ella vuelve a sumergirse en su cuaderno ignorándolo nuevamente.

Él – No, lo que me detiene de acercarme a ella no es el miedo a recibir un rechazo, una negativa o un desaire... Fracaso en la conexión, como se dice hoy en día. No, más bien sería... el temor a ser decepcionado. Bueno, estoy seguro de que la conversación de esta encantadora joven es absolutamente fascinante, pero... cuando sepa

exactamente quién es, cómo se llama, a qué se dedica, si está casada o no, y sobre todo lo que puede escribir en su pequeño cuaderno... Ahí está... De repente, ya no será la misteriosa desconocida del café, objeto de todas las fantasías y portadora de todas las promesas. Será Luisa, maestra de escuela, divorciada y madre de un niño de tres años, redactando comentarios para su próxima reunión de padres de familia... O tal vez Julia, actriz soltera, tomando notas de las ideas que le vienen a la mente para el monólogo que ha soñado escribir durante años, y que finalmente la haría famosa. O aún Marina, rumana, recién llegada a España para casarse con un anciano farmacéutico, y que, para engañar su aburrimiento mientras aún no se atreve a engañar a su marido, anota en papel la lista de sus deseos antes de decidir con quién acostarse para satisfacerlos. Sí. Por ahora, ella es todas esas mujeres, y muchas más. Es todas las mujeres. Pero cuando nos hayamos presentado, ella solo será una mujer, que ya me hará lamentar a todas las que nunca será.

Toma un periódico de la mesa del medio, vuelve a sentarse y comienza a hojearlo. Ella le echa una mirada furtiva, se levanta a su vez y se dirige al público.

Ella – Me pregunto quién puede ser ese tipo... Veo claramente que me mira por debajo, cuando cree que no lo veo. Debe ser tímido. Nos cruzamos todos los días aquí desde hace meses, y aún no se ha atrevido a dirigirme la palabra. A menos que simplemente no le interese... Tal vez no soy lo suficientemente buena para él, así es. ¿Quién se cree que es? Tampoco es tan atractivo. Y si tuviera cosas más importantes que hacer en la vida, seguro que no pasaría tanto tiempo en este café todas las mañanas. ¿Qué está mirando en ese periódico? ¿Su horóscopo? ¿Las ofertas de trabajo? Sí, parece ocioso. Tal vez esté desempleado... Desocupado pero no necesariamente desesperado. Siempre una vaga sonrisa irónica en la comisura de los labios. Un aire de superioridad. Como si... aunque no diga nada, está enterado de todo. No sé qué puede estar anotando en su cuaderno con esa expresión inspirada. Sus pensamientos más profundos, sin duda... Me daría curiosidad ver eso... Hace un rato, creí que se iba a levantar y decirme algo. Pero no, se acobardó de nuevo. O tal vez sea escritor. Está tomando notas para su próxima novela. Tal vez su heroína se parezca un poco a mí. Sí, eso. Prefiere que nuestra historia siga siendo virtual. No sé qué puede estar imaginando al mirarme...

Ella saca un espejo de bolsillo de su bolso y se mira un momento.

Ella – Si me cruzara conmigo misma en un café, ¿qué imaginaría? (*Guarda su espejo*) No lo sé... ¿Realmente parezco lo que soy? ¿Tendría alguna oportunidad de hacerme pasar por otra persona? Miren, si él se me acerca, tengo ganas de mentirle. Inventarme una vida diferente. Solo para ver si puedo engañarlo. Es cierto, cuando un desconocido se te acerca, por definición, no sabes nada de él. Puede ser cualquier persona y contarte cualquier cosa. Pero él tampoco sabe nada de ti. Por unos momentos, al menos antes de ser descubierta vergonzosamente, tienes la libertad de elegir quién serás ese día. Con la loca esperanza de convertirte poco a poco en quien has decidido ser. Otra vida... Sí, pero ¿cuál? Para que funcione, tendría que trabajar en mi personaje. Inventarme un nombre. Un trabajo. También una edad. Me gustaría rejuvenecer un poco, si es posible. No demasiado, tiene que ser creíble, pero solo por diversión. Dos o tres años. Bueno, cinco, todavía podría pasar. ¿Y si adoptara un acento extranjero? No, será demasiado difícil de mantener a largo plazo. Y además,

puedo ser extranjera y hablar perfectamente francés. Bueno, pero para poder dar vida a esta nueva existencia, primero tendría que decidirse a dirigirme la palabra. ¿Y si le sonriera? Eso podría animarlo. Al mismo tiempo, no me veo mirándolo fijamente a los ojos mientras sonrío estúpidamente. ¿Quién se creerá que soy? O tal vez sea yo quien lo aborde. Siempre puedo encontrar una excusa. No sé, algo así...

Ella discretamente se quita los pendientes, guarda uno en su bolso y sostiene el otro en su mano. Luego mira debajo de la mesa como si estuviera buscando algo. Finalmente, se levanta y se acerca a él. Él guarda su periódico y la mira un poco desconcertado.

Ella – Disculpe, ayer perdí un pendiente como este. Le tenía mucho aprecio. Fue un regalo de... En fin, le tenía mucho aprecio. ¿No lo habrá encontrado por casualidad?

Él – Un pendiente...? Yo... No, no encontré nada... Lo siento mucho, pero...

Ella – Pero...?

Él – No, no, nada, yo... No vi nada.

Ella – Bueno, gracias.

Ella vuelve a sentarse y se dirige al público.

Ella – Se imaginan si me abro con una entrada como esa, y él me responde con esa expresión tonta... ¿Escritor, él...? No, sinceramente, prefiero no arriesgarme a un encuentro banal y conservar mis ilusiones un poco más. Aunque tal vez no sea tan estúpido como parece. Hay que decir que lo tomé por sorpresa. Los hombres están tan acostumbrados a dar el primer paso... Cuando somos nosotras las que tomamos la iniciativa, los pone en pánico. Se quedan petrificados... ¿Pero han visto eso? En cuanto puse mis ojos en él... Parecía un conejo atrapado en los faros de un auto, que ya se ve en la olla una vez que llega a casa. Pobrecito... Lo asusté, eso fue. Espero no haberlo traumatizado al menos... Pero es que eso de los pendientes... es un poco forzado. Intentaré encontrar algo mejor para mañana...

Ella vuelve a garabatear en su libreta. Él vuelve a sumergirse en su diario.

Negro

Escena 2

Ella está leyendo el periódico y él está garabateando en su libreta. Se detiene y la mira por un momento. Luego se dirige nuevamente al público.

Él – Cada día me digo que esta vez sí, le hablaré. Y luego, lo postergo para mañana. Hago que el placer dure. El amor platónico está bien, pero estar enamorado de una desconocida es aún mejor, ¿no? Al menos así tengo la certeza de nunca ser decepcionado. El problema con el amor es que proyectamos en el otro una imagen que no es la suya. Y luego le reprochamos que no se ajuste a ese ideal. Con una mujer que no conocemos, al menos podemos seguir soñando. Tomar las realidades como nuestros deseos. Sí, definitivamente, la mujer ideal es aquella que aún no conocemos. La veo todos los días entrar en este café. O tal vez ya esté allí si llego un poco tarde. Dura apenas una hora, y luego se va. No tiene ninguna otra existencia para mí fuera de este aquí y ahora. Un poco como en el teatro. Soy yo quien elige el papel que interpretará ese día, según mi estado de ánimo en ese momento. Y cuando abandona el escenario, después de haber encarnado cada vez un personaje diferente, regresa a la nada. Cualquier actor es más pequeño que el más pequeño de los personajes que tenga que interpretar. El traje siempre le queda grande, y el escenario es el único lugar donde no se nota demasiado. Así que espero... Retraso constantemente el momento de romper el hechizo, de conocerla. Sí... pero ¿y si mañana no estuviera allí? ¿Ni pasado mañana? ¿Y si ya no pusiera un pie en este café? Después de haber sido todas las mujeres, ya no sería ninguna nunca más. Solo un vago recuerdo que se desvanecerá poco a poco. No, no dejaré pasar a ésta. Me lanzo. Sin red. También subo al escenario, pero no he aprendido ningún texto. No tengo idea de lo que le diré. Al menos así parecerá más natural. Más sincero. Mi torpeza puede jugar a mi favor. No importa lo que le diga, si no le intereso, seguro que me lo hará saber. Y si le intereso también.

Se acerca a ella. Ella levanta los ojos al verlo acercarse, pero su rostro se mantiene impassible.

Él – Disculpa, yo...

Ella – Sí... ¿qué pasa?

Él – Te veo todos los días sentada aquí enfrente de mí y pensaba que...

Ella – ¿Qué...?

Él – En fin, tal vez podríamos... conocernos.

Ella – ¿Conocernos?

Él – Lo siento, veo que te molesto. Fue una tontería de mi parte. Disculpa, te dejo en paz...

Ella (*firmemente*) – Siéntate.

Él – Sí.

Se sienta.

Ella – Me llamo Virginia, ¿y tú?

Él – Eh... Pablo.

Ella – De acuerdo... Pablo y Virginia, entonces.

Él – Eh... Sí...

Ella – ¿Y qué haces en la vida, Pablo?

Él – Soy... escritor.

Ella – ¡Ah, sí!

Él – ¿Te sorprende?

Ella – Eso es precisamente lo que había imaginado. Eso es lo que me sorprende.

Él – Entonces, ya habías imaginado algo...

Ella – No te emociones demasiado...

Él – ¿Parezco tanto a un escritor?

Ella – No sé. Tal vez. Y te veo siempre escribiendo cosas en esa pequeña libreta.

Él – De acuerdo, pero... tú también tomas notas en una libreta. ¿No me digas que también eres escritora?

Ella – ¡Pues sí!

Él – ¿En serio?

Ella – ¿Por qué no?

Él – Claro... ¿Novela?

Ella – Teatro, más bien. ¿Y tú?

Él – Relatos.

Ella – Ya veo...

Él – Sé lo que estás pensando.

Ella – ¿Qué?

Él – Él escribe relatos porque no es capaz de escribir una novela completa.

Ella – ¡Para nada! Además, podrías decir lo mismo de mí.

Él – ¿Ah, sí?

Ella – Ella escribe obras de teatro porque es incapaz de escribir una novela.

Él – Es cierto...

Ella – De hecho, no escribo realmente obras de teatro.

Él – ¿Ah, no?

Ella – Más bien escribo sketches.

Él – Los sketches son al teatro lo que el relato es a la novela.

Ella – Sí... Un subgénero... (*Pausa*) ¿De verdad eres escritor?

Él – Tal vez no. ¿Y tú?

Ella – Tampoco.

Él – Entonces me mentiste.

Ella – Tú empezaste, ¿no?

Él – Sí... pero tú no lo sabías.

Ella – ¿Por qué escritor?

Él – No lo sé... Supongo que tenía miedo de decepcionarte.

Ella – Aún no nos conocemos y ya tienes miedo de decepcionarme. Creo que te falta un poco de confianza en ti mismo, Pablo.

Él – O tal vez tiendo a sobreestimar un poco a las personas que no conozco.

Ella – Eso es muy amable por tu parte...

Él – Perdona, no era exactamente lo que quería decir...

Ella – ¿Y a qué oficio tan vergonzoso te dedicas como para necesitar inventarte otra profesión? ¿Trabajas en una funeraria ?

Él – No.

Ella – ¿Haces telemercadeo?

Él – Tampoco.

Ella – ¿Repartidor de pizzas?

Él – Para nada.

Ella – Pero no estás realmente orgulloso de lo que haces.

Él – No. ¿Y tú?

Ella – Yo tampoco.

Él – Bueno... entonces tal vez deberíamos mantener nuestra parte de misterio.

Ella – Creo que es lo mejor.

Él – ¿Y si nos quedamos con "escritor"?

Ella – De acuerdo.

Él – Y si vamos a mentir, ¿por qué empezar por menospreciarnos...?

Pausa

Él – Así que soy novelista.

Ella – Y yo dramaturga.

Él – ¿Y estás casada?

Ella – Ahí no es como la profesión, es una pregunta cerrada, como dicen en los institutos de encuestas. Estás casada o no lo estás.

Él – Siempre se puede mentir en la respuesta...

Ella – Sí... pero eso deja poco espacio a la imaginación.

Él – Aun así... Un adulterio siempre es más romántico.

Ella – Es cierto.

Él – Además, la respuesta no necesariamente tiene que ser binaria... También podrías estar divorciada. O viuda...

Ella – Viuda...

Él – ¿Por qué no?

Ella – Sí...

Él – ¿Eres viuda?

Ella – Soy viuda.

Él – Lo siento mucho.

Ella – No podías saberlo. Y además, no es tu culpa, ¿verdad? No eres tú quien asesinó a mi esposo.

Él – Ah, ¿porque él fue asesinado?

Ella – ¿Dije eso?

Él – Dijiste : "no eres tú quien lo asesinó".

Ella – Solo quería decir que no eras responsable de su desaparición.

Él – Así que tu esposo no murió asesinado.

Ella – No, murió de una manera mucho más banal. Casi tontamente, si me atrevo a decirlo...

Él – Morir siempre es un poco estúpido.

Ella – Ah sí, pero en este caso...

Él – No quiero ser indiscreto, pero debo decir que has despertado mi curiosidad.

Ella – Fue durante nuestro viaje de luna de miel en Las Canarias.

Él – Tienes razón, comienza de una manera muy banal. Como una novela rosa. Espero que mejore después...

Ella – ¿Puedo continuar?

Él – Por supuesto...

Ella – Pasamos la tarde en una playa paradisíaca, hacía un sol magnífico. Nos estábamos preparando para regresar al hotel cuando de repente, el clima cambió y se volvió una tormenta... José-Luis...

Él – ¿Se llamaba José-Luis?

Ella – Sí, ¿por qué?

Él – No, no, por nada...

Ella – ¿Hubieras preferido que se llamara de otra manera? ¿Steven, tal vez? ¿O Kevin?

Él – José-Luis está bien. Así que el clima cambió a tormenta...

Ella – El viento comenzó a soplar fuerte. José-Luis agarró el mango de la sombrilla, que la tormenta estaba a punto de llevarse y en ese preciso momento...

Ella hace una pausa, como abrumada por la emoción.

Él – Sí.

Ella – Un rayo de fuego cayó sobre él...

Él – ¿No? ¿Un ataque extraterrestre?

Ella – Te dije que fue una muerte más que común.

Él – Ah, perdón... Siempre tiendo a...

Ella – Un rayo, simplemente. El paraguas atrajo el rayo, como un pararrayos. José-Luis cayó fulminado. Murió instantáneamente...

Él – ¡Vaya mierda!

Ella – Al final, solo estuve casada una semana...

Él – Si fuera una novela rosa, podríamos llamarla "Trágica luna de miel en Las Canarias"...

Ella – Pero las novelas rosa siempre tienen un final feliz... Yo nunca superé la desaparición de José-Luis...

Ella parece al borde de las lágrimas. Él parece dudar.

Él – Pero... ¿es verdad?

Ella vuelve repentinamente impasible.

Ella – ¿Qué opinas?

Él – No sé... Es tan...

Ella – ¿Estúpido? Ya te lo dije, fue una muerte estúpida.

Él – En fin, lo importante es que ahora estás libre.

Ella – ¿Y tú?

Él – ¿Yo?

Ella – ¿Estás libre?

Él – Sí... Bueno... estoy casado, pero soy libre.

Ella – Ahora me intrigas...

Él – Es muy simple, ya verás.

Ella – Te escucho.

Él – Bueno, resulta que yo soy libre, pero mi esposa no lo es.

Ella – Tu esposa no es libre.

Él – Ella está en prisión.

Ella – Entiendo...

Él – Así que no es libre, pero yo...

Ella – Sí, entendí, pero... ¿por cuánto tiempo está en prisión?

Él – Si todo sale bien, diez años.

Ella – ¿Si todo sale bien?

Él – Con las reducciones de pena... Por buena conducta.

Ella – No quisiera ser indiscreta, pero... ¿qué hizo para que la metieran en prisión?

Él – Intento de homicidio.

Ella – Ya veo...

Él – Intentó matarme.

Ella – Entiendo...

Él – Afortunadamente para ella... y de forma secundaria, para mí, sobreviví.

Ella – ¿Y cómo lo hizo... para intentar matarte?

Él – Oh, de una manera muy común... Con una pistola.

Ella – Y supongo que falló en el intento.

Él – No es exactamente así como sucedió...

Ella – Cuéntame eso...

Él – Ya sospechaba un poco... Registré sus cosas y encontré el revólver que escondía en su bolso.

Ella – ¿Y se lo quitó?

Él – No.

Ella – ¿Y por qué no?

Él – Porque entonces ella habría sospechado. Y podría haber usado otro medio para matarme, como... No sé, veneno.

Ella – Sí, el veneno es mucho más femenino.

Él – Así que, para no levantar sospechas, preferí reemplazar las balas que estaban en el revólver por balas de fogeo. Así mantenía el control de la situación sin levantar sospechas...

Ella – Muy astuto...

Él – Sí... Excepto que... no sé cómo me las arreglé. Debo haberme confundido un poco... Reemplacé bien las primeras cinco balas, pero la sexta...

Ella – ¿La sexta?

Él – Me alcanzó en el hombro.

Ella – ¡Vaya, qué lástima...!

Él – Tampoco se suponía que vaciara todo el cargador en mí... Bueno, tuve suerte...

Ella – ¿Llamaría a eso suerte...?

Él – Una bala en el hombro es mejor que una en el corazón...

Ella – Las mujeres suelen ser muy torpes con las armas de fuego. Por eso el veneno... Pero si me permites preguntar, ¿qué habrás hecho para que esa pobre mujer quisiera dispararte un cargador completo?

Él – También es una historia muy común... Un poco como la tuya...

Ella – Ah no, no te pongas demasiado modesto... Debo admitir que tu historia supera claramente la mía... ¿Y entonces?

Él – Simplemente la engañaba.

Ella – ¿La engañabas? ¿Y con quién?

Él – Con una desconocida que conocí en un café... Este café, de hecho. Es curioso, siempre se sentaba en este mismo lugar que ocupas ahora.

Ella – Pero supongo que no a la misma hora.

Él – No, ella solía venir más tarde, alrededor de las cinco o seis de la tarde...

Ella – Y cuando salga de prisión...

Él – ¿Mi esposa?

Ella – Sí, tu esposa.

Él – Bueno... Espero que me haya perdonado mi infidelidad. Así como yo la perdono por haber intentado matarme.

Ella – Y mientras ella siga encerrada, tú eres libre...

Él – Así es.

Ella – Después de todo, ¿por qué no? Eso nos deja al menos una década...

Él – Tal vez incluso un poco más... Si ella no tiene un comportamiento ejemplar...

Un momento.

Ella – Y dices que no eres escritor.

Él – Quién sabe... Seguro que mentí. Cuando dije que lo era, o cuando insinué que tal vez no lo era. ¿Qué piensas al respecto?

Ella – Creo que si no eres escritor, deberías considerar convertirse en uno...

Él – Gracias. ¿Y tú?

Ella – ¿Yo?

Él – ¿Eres realmente autora de teatro?

Ella mira su reloj.

Ella – Lo siento, tengo que irme.

Él – Por supuesto. Esta es la hora a la que generalmente te vas, ¿verdad?

Ella – Sí...

Él – ¿Y a dónde vas? Un misterio...

Ella se levanta.

Ella – Bueno, hasta mañana... tal vez.

Él – Tal vez...

Ella – Mientras tengas una buena historia que contarme, nunca faltaré a una de nuestras citas.

Él – Eso me recuerda otra historia...

Ella – La nuestra podría llamarse "Las mil y una mañanas".

Él – Pero no me veo en el papel de Sherezade...

Ella – Si prefieres ser el sultán, cambiaremos los roles de vez en cuando.

Él – Bueno... así que vamos a necesitar mucha imaginación entonces.

Ella – Estoy segura de que todavía tienes muchas otras historias en tu pequeño cuaderno.

Él – Y tú en el tuyo.

Ella se va. Él la mira alejarse. Luego se vuelve hacia el público.

Él – Disculpen, pero... tengo que ponerme a trabajar de nuevo.

Se vuelve a sentar, reflexiona y comienza a garabatear algo en su cuaderno.

Escena 3

Él siempre está sentado en su mesa, ocupado tomando notas en su libreta. Ella llega.

Ella – ¡Pablo!

Él levanta la cabeza, la reconoce y sonríe.

Él – ¡Hola!

Ella saca una pistola de su bolso y la apunta hacia él. La sonrisa del hombre se congela.

Ella – ¿Pensaste que podrías salirte con la tuya así?

Él – ¿Pero qué...?

Ella – ¿Es con ella que tenías cita?

Él – ¿Ella?

Ella – ¿Virginia, verdad?

Él – ¡Pero para nada! No conozco ninguna Virginia, te lo aseguro...

Ella – Claro... Pero esta vez no te saldrás con una simple bala en el hombro, te lo aseguro.

Él – Por favor, cariño, no hagas tonterías.

Ella – Esta vez está cargada, créeme, y no con balas de salva.

Él – Pero vamos... ¡Habías sido condenada a diez años! ¿Ya te liberaron?

Ella – Me escapé.

Él – ¿Escapaste? ¿Cómo?

Ella – Hice una pistola esculpida con pan rallado, la sequé y la cubrí con betún.

Él – ¿Una pistola hecha de pan rallado?

Ella – Exactamente.

Él – Y... ¿es esa?

Ella duda por un momento.

Ella – Sí...

Ella baja su arma, la pone sobre la mesa y se sienta. Él toma el arma y la examina.

Él – Bravo, está bien imitada...

Ella – Tomé a un guardia como rehén, no sospecharon nada... ¿Dónde está?

Él – ¿Quién?

Ella – ¡No te burles de mí! Esa zorra con la que me engañas...

Él – No lo sé... Hoy no vino...

Ella – Debe haber sospechado algo.

Él – Sí, tal vez...

Ella – Lástima, podría haberlos matado a ambos de un solo golpe.

Él – ¿Con una pistola de pan rallado?

Ella – ¿Pero qué tiene ella que yo no tenga? Al menos, dímelo...

Él – No la conozco.

Ella – ¿Qué?

Él – Lo que ella tiene de más que tú es que yo no la conozco.

Ella – ¿Es tu amante, pero no la conoces?

Él – Nos encontramos aquí todos los días. Cada vez, ella me da un nombre diferente. Se inventa un personaje. Incluso ha llegado a hacerse pasar por ti...

Ella – ¿Pero igual te acuestas con ella?

Él – Acostarme con ella, como dices... eso ya sería conocerla demasiado.

Ella – No intentes confundirme. ¿Es tu amante o no?

Él – No lo sé... Sí, supongo... Se puede decir así.

Ella – Pobrecito Pablo... ¿Por qué te molestas en inventar historias así? Cuando todo esto es tan común...

Él – Tienes razón... Por más que nos rompamos la cabeza... Incluso cuando mentimos, todo lo que decimos siempre está por debajo de lo que quisiéramos expresar. La palabra siempre decepciona, por eso en general, sería mejor no hablar con nadie.

Ella – No entiendo nada de lo que dices... Me preocupas, Pablo. Me pregunto si no deberían encerrarte a ti en lugar de a mí.

Él – Sí, tal vez...

Ella se levanta.

Ella – En cualquier caso, si la ves, dile que la estoy buscando. Y que aunque mi revolver esté en pedazos de pan, esta vez está cargado con balas reales.

Él – ¿A dónde vas?

Ella – Te recuerdo que estoy fugitiva. No puedo quedarme aquí.

Él – ¿Puedo hacer algo?

Ella – ¿Tienes algo de dinero contigo?

Él – Sí...

Ella – Dame.

Él busca en sus bolsillos y le entrega algunos billetes.

Él – Eso es todo lo que tengo...

Ella – No te preocupes, te los devolveré.

Él – No es por mi dinero que me preocupo... ¿Nos volveremos a ver?

Ella – Quién sabe... En diez años, tal vez... O un poco más... Porque ahora, obtener una reducción de pena por buena conducta... no es nada seguro.

Él – Iré a verte, lo prometo.

Ella – ¿En el locutorio de la cárcel?

Él – Cuando se habla con alguien, siempre es un poco como en el locutorio de una cárcel, ¿no? Hablamos, mentimos, fingimos entendernos, fingimos creernos, y cuando hemos terminado de hablar, cada uno vuelve a su prisión interior...

Ella – Siempre es mejor que compartir la misma celda y tener solo a una persona con quien hablar.

Él – Tienes razón... Al final, la prisión se parece un poco al matrimonio.

Ella – Y a menudo es cadena perpetua. Incluso en caso de buena conducta.

Él – Especialmente en caso de buena conducta.

Ella – Sí... A veces la gente se casa en la prisión, pero curiosamente, nunca es con su compañero de celda.

Él – Diez años... Aprovecha para escribir una novela...

Ella – ¿Qué tipo de novela se puede escribir en prisión?

Él – Una novela sobre la libertad, supongo.

Ella – Sí, lo tendré en cuenta.

Él la ve partir. Ella sale. Él examina la pistola en la mesa, luego se dirige al público.

Él – Salí bastante bien de esto, ¿verdad?

Negro

Escena 4

Ella está sentada en su mesa, garabateando en su libreta. Él se acerca y se dirige hacia ella.

Él – Disculpe... ¿Usted es la esposa de José-Luis...? Quiero decir... su viuda.

Ella levanta la mirada hacia él.

Ella – ¿Quién es usted?

Él – Lamentablemente no puedo decirle mi nombre. Solo sepa que fui colega de su esposo.

Ella – Mi esposo trabajaba en el Servicio de Registro de Vehículos en la Jefatura Provincial de Tráfico de Madrid.

Él – Sí, en efecto, ahí es donde supuestamente trabajábamos juntos.

Ella – ¿Supuestamente?

Él – Era una tapadera.

Ella – ¿Una tapadera? Entonces, mi esposo...

Él – No puedo decirle algo más específico. Solo quería que supiera que su esposo no murió de la forma tonta que usted cree.

Ella – ¿Ah, no?

Él – No.

Ella – De todas formas, es muy amable de su parte intentar convencerme de lo contrario.

Él – Señora, su esposo murió por su patria.

Ella – Mi esposo murió fulminado mientras intentaba cerrar una sombrilla para evitar que se la llevara el viento.

Él – Esa es en efecto la versión oficial.

Ella – ¿Porque podría haber otra versión?

Él – José-Luis fue fulminado, ciertamente, pero no por una tormenta.

Ella – Lo escucho...

Él – Fue golpeado por un rayo láser desde un avión de combate volando a gran altitud.

Ella – ¿Un avión de combate?

Él – Un avión perteneciente a una potencia extranjera.

Ella – Pero... ¿por qué una potencia extranjera querría eliminar a mi esposo?

Él – Porque él era un agente especial, como yo.

Ella – ¿Un agente secreto, quiere decir? Como James Bond...

Él – Si así lo quiere, sí...

Ella – Yo que pensaba que era la viuda de un simple funcionario sin importancia.

Él – Créame, estimada señora, su esposo no era solo un empleado del Servicio de Registro de Vehículos. Murió en una misión, como un héroe, defendiendo a su país.

Ella – ¿En una playa de Las Canarias?

Él – España tiene enemigos en todas partes. Incluso en Las Canarias.

Ella – ¿Y por qué venir a decirme todo esto ahora?

Él – Para honrar su memoria... y para aliviar un poco su dolor, que sé que es inmenso. Su esposo no fue víctima de un estúpido accidente. Cayó en el campo de honor. Y si no recibió una condecoración póstuma... ¡Perdón! Si no tuvo un funeral nacional, fue para preservar su anonimato... y para protegerla a usted también.

Ella – ¿Cree que estoy en peligro?

Él – No puedo decirle más. Pero si eso puede tranquilizarla, sepa que está bajo una protección policial permanente, muy discreta pero muy efectiva.

Ella – Eso me reconforta mucho, de hecho.

Él – Debo dejarla ahora.

Ella – ¿Lo volveré a ver?

Él – No se preocupe. Aunque no me vea, nunca estaré lejos de usted, listo para intervenir en caso de peligro. Seré su ángel guardián, por así decirlo.

Ella – Gracias.

Él – Buen día, querida señora.

Se aleja y se sienta en su mesa como si nada. Ella lo observa por un momento, intrigada, antes de volver a sumergirse en su libreta.

Negro

Escena 5

Él – Y ya está... Se acabó... Ella no está... No tengo su número de teléfono, ni siquiera sé cómo se llama realmente... No es Virginia, en cualquier caso. Ni Sherezade. (*Dirigiéndose al público*) Supongo que aquí nadie la conoce tampoco, en los cafés, pasa tanta gente. Yo mismo, si tuviera que describirla, no sabría qué decir... Tiene unos ojos bonitos... Una sonrisa encantadora... Una forma de caminar propia... Se pasa la mano por el pelo... Y deja un rastro de perfume misterioso... Es un poco escaso para un retrato hablado. No estoy seguro de que un detective privado llegara muy lejos con eso... Me estoy volviendo loco. ¿Qué estoy diciendo? No voy a contratar a un detective para encontrar a una desconocida que encontré en un café... ¿o ir a la policía a denunciar la desaparición inquietante de una vecina de mesa que ni siquiera conozco? ¿Por qué no activar la alerta de secuestro también? O tal vez ella viene en otro momento... Le cambiaron su horario y comienza a trabajar un poco más tarde. Es increíble. ¿Cómo puede alguien que ni siquiera conoces hacer tanta falta? Mientras que la mayoría de las personas que conoces, cuando se ausentan por unos días, tienes la sensación de que eres tú el que está de vacaciones. Bueno... Si no la vuelvo a ver, o si viene solo de vez en cuando, tendré que encontrarle un reemplazo. Al menos a tiempo parcial. Una interina, por así decirlo. Después de todo, ella o cualquier otra. Ya que de todos modos, no la conozco, no debería tener demasiado problema en encontrarle una doble.

Recorre la sala con la mirada y se detiene en una mujer, situada más al fondo, para que no se sepa exactamente a quién se dirige.

Él – Vaya, esta no está mal... No se parece mucho a ella, pero bueno... Sí, podría servir... ¿Le importa, señora, si fantaseo un poco con usted, desde lejos? No se preocupe, señor... Nunca le dirigiré la palabra. Tendría demasiado miedo de que no esté a la altura de mis expectativas. Y yo de las tuyas, por cierto. No, nuestra relación será completamente platónica. ¿Qué digo? Totalmente virtual. Ni siquiera una mirada sugerente o mucho menos inapropiada. Respeto de las distancias de seguridad. Gestos de barrera. Uso obligatorio de la bozal... ¿De acuerdo? Muy bien, entonces me sentaré allí y seguiré observándola discretamente de reojo mientras imagino cosas... y cuando ya no esté, pensaré en usted de vez en cuando.

Se sienta y saca su libreta en la que garabatea algunas notas. Lanzando de vez en cuando una mirada más o menos intensa a la mujer.

Negro.

Escena 6

Elle llega y lo busca con la mirada.

Ella – No vine ayer, para evitar que él comience a considerar nuestros encuentros casuales, por más regulares que sean, como una cita diaria. Para mantener en él esa deliciosa y dolorosa sensación de ausencia y, por lo tanto, dependencia... Pero hoy es él quien no está... Debe de estar cansado de esta aventura puramente imaginaria. (*Mirando hacia el fondo de la sala en dirección a la mujer a la que el hombre se dirigió anteriormente*) O tal vez ha conocido a otra persona, que en la extrema pobreza de su realidad, al menos le permite satisfacer sus deseos más mediocres. Qué lástima. Empezaba a encariñarme, pero bueno... ¿Se puede realmente establecer una relación amorosa evitando conocernos? Incluso cuando mentimos, siempre nos revelamos un poco. Al final, el personaje que inventamos es aún más revelador que el que somos en realidad. Seguro que tuvo miedo. O tal vez está de vacaciones, simplemente. Enfermo, quizás. O incluso muerto. Después de todo, no me tiene que dar cuentas a mí. Y yo tampoco. Somos una pareja libre. ¡Ni siquiera nos conocemos! Qué lástima, volveré mañana...

Ella se prepara para irse, pero ve un cuaderno en la mesa donde él suele sentarse.

Ella – Vaya, se olvidó su cuaderno. (*Parece dudar*) ¿Qué hago? ¿Lo cojo? Y se lo devuelvo cuando lo vea. O lo dejo aquí, para que él mismo lo encuentre más fácilmente. Lo dejaré... (*Se dispone a marcharse*) Pero podría aprovechar para echarle un vistazo... No, no se hace, sería muy indiscreto. Tal vez sea su diario íntimo, o algo así... Sí, pero si alguien más lo encuentra en mi lugar y se lo lleva... (*Toma el cuaderno*)

Ella se va.

Negro.

Escena 7

Ella está sentada en su mesa habitual, garabateando en su cuaderno. Él llega y se acerca a ella.

Él – Hola... Tuve que ausentarme unos días. Espero no haberte extrañado demasiado...

Ella finge sorpresa.

Ella – ¿Ah sí...? No te preocupes, yo tampoco estaba aquí...

Él – En cualquier caso, me alegra verte de nuevo.

Ella – Sí...

Ligero embarazo.

Él – Disculpa, te dejo trabajar...

Ella – No, no estoy trabajando... Bueno, sí, pero... me cuesta considerarlo como trabajo...

Él – La escritura...

Ella – Sí...

Él – La inspiración...

Ella – Si supiéramos dónde encontrarla... no perderíamos tanto tiempo buscándola en otros lugares.

Él – La inspiración es como un rayo. Nunca se sabe dónde y cuándo te caerá... Perdona, no quería revivir recuerdos dolorosos...

Ella – ¿Así que estás en un bloqueo creativo?

Él – Por ahora, eres tú quien me inspira.

Ella – No sabes nada de mí.

Él – Precisamente, puedo imaginarlo todo. Una desconocida es como una página en blanco.

Ella – Una historia por escribir... (*Levemente incómoda*) Hablando de eso... encontré esto.

Ella le tiende el cuaderno.

Él – Ah, sí...

Ella – ¿Es tuyo, verdad?

Él – ¿Lo has abierto?

Ella – ¡No! ¿Quién te crees que soy?

Él – Perdona...

Toma el cuaderno.

Ella – Lo abrí...

Él – Claro...

Ella – ¿Me lo reprochas?

Él – ¿Cómo resistirse a la tentación? Es un poco como la historia de Eva y el paraíso perdido. Uno se condenaría por saber.

Ella – Y cuando se sabe, siempre se está un poco decepcionado.

Él – Nos damos cuenta de que al elegir el conocimiento, renunciamos a lo maravilloso que lo desconocido podría tener.

Ella – Sí... Pero la manzana también puede ser una trampa.

Él – Entonces, tú serías Blancanieves.

Él – Y si dejaste este cuaderno aquí a propósito, a propósito para que lo encontrara...

Él – Es una posibilidad...

Ella – Entonces, lo que está escrito en este cuaderno podría ser otra ilusión. Una invención para ocultar tu propia realidad, si es que la tienes...

Él – En cualquier caso, ya no estamos en igualdad. Tú sabes lo que hay en mi cuaderno, yo no sé lo que hay en el tuyo.

Ella – Es cierto. (*Le tiende su cuaderno*) Aquí tienes...

Él toma el cuaderno.

Él – También podrías haberlo inventado todo.

Ella – En ese caso, estaríamos en igualdad de nuevo.

Él abre el cuaderno, le echa un vistazo y la mira con una sonrisa enigmática.

Negro.

Escena 8

El hombre está sentado en su mesa. Escribe en su libreta. Ella llega y se dirige a él.

Ella – Entonces, ¿cómo va esa novela?

Él – Está casi terminada... Solo falta encontrar el título...

Ella – A veces, eso es lo más difícil.

Él – Sí... Un poco como elegir un nombre para un hijo.

Ella – Pero tú ya conoces el contenido de la novela que escribiste. Solo tienes que encontrar un título que le corresponda. En cambio, con un hijo, tienes que elegir un nombre sin conocerlo aún.

Él – Con el riesgo de proyectar en él una imagen que no le corresponderá.

Ella – Deberíamos dejar que los niños elijan su propio nombre.

Él – Sí... Pero ¿a qué edad?

Ella – No lo sé.

Él – O tal vez deberíamos poder cambiar de nombre varias veces a lo largo de la vida.

Ella – Más bien deberíamos tener el derecho de cambiar de vida varias veces en la vida... Y ¿de qué trata esta novela?

Él – Es la historia de un hombre que se encuentra con una hermosa desconocida en un café todos los días. Le gustaría abordarla, pero...

Ella – Si le habla, perderá todo su misterio y, por lo tanto, gran parte de su encanto...

Él – Por otro lado... si no se acerca a ella, se perderá una hermosa historia y la perderá para siempre.

Ella – Así que duda... ¿Y cómo se llama... su hermosa desconocida?

Él – Es como con el título, todavía no le he dado un nombre... Y tú, ¿qué tal va tu obra de teatro?

Ella – Todavía es demasiado pronto para hablar de ella...

Él – Ya veo... ¿Has leído el periódico?

Ella – No, todavía no... ¿Hay noticias interesantes?

Él – Como escritor, me interesan principalmente las noticias de sucesos... Por lo general, es en esta sección donde la humanidad revela lo peor que tiene, y rara vez lo mejor.

Ella – Las pequeñas historias a menudo son más apasionantes que las grandes.

Él – El periódico es al café lo que la Biblia es a la iglesia. De hecho, la Biblia es probablemente en principio una recopilación de noticias de sucesos que se han ido transformando y embelleciendo con el tiempo para convertirse en mitos.

Ella – ¿Y entonces? ¿Cómo ha ido la pesca esta mañana?

Él toma un periódico de la mesa y le muestra un artículo.

Él – Mira, al azar... una mujer, en prisión por intento de asesinato a su marido, se escapa amenazando a sus guardianes con una pistola falsa...

Ella – Ah sí... Un buen escritor podría convertirlo en una novela.

Él – O en una obra de teatro.

Ella toma el periódico y le muestra otro artículo.

Ella – Aquí hay otro que podría interesarte : el apacible empleado del Servicio de Registro de Vehículos en realidad era un agente secreto.

Él – La realidad a menudo supera la ficción.

Ella – No quiero distraerte más de tu trabajo de escritura... No quisiera que tus lectores se queden sin una obra maestra por mi culpa.

Ella se sienta. Ambos comienzan a escribir en sus cuadernos.

Negro.

Escena 9

Ella está sentada en su mesa. Él llega y le tiende un libro.

Él – Toma, es para ti...

Ella – ¿Qué es esto?

Él – Mi primera novela.

Ella toma el libro y mira la portada.

Ella – Así que al final encontraste el título.

Él – ¿Qué piensas al respecto?

Ella – Preliminares... Es un título emocionante...

Él – Es la historia de un encuentro.

Ella – Cada encuentro tiene un ritmo como un acto de amor.

Él – Hay preliminares durante los cuales se imagina y explora en silencio...

Ella – Por el mayor tiempo posible.

Él – Luego llega ese breve momento en el que finalmente se entabla la conversación para penetrar en la intimidad del otro.

Ella – Seguido por ese interminable momento de plenitud y aburrimiento, teñido de una leve decepción que se intenta ocultar con charlas triviales...

Él – Esperando a que con el olvido regrese el deseo de explorar lo desconocido.

Ella – Y que esta vez, los preliminares puedan durar una eternidad... Gracias por el libro.

Él – Es un poco gracias a ti que lo escribí...

Ella – ¿Habla de mí?

Él – De ti... De nosotros...

Ella – ¿Nosotros?

Él – Principalmente de mí. Y tú, ¿cómo avanza esa obra de teatro?

Ella – Está terminada.

Él – ¿Podría verla...?

Ella – No creo, no.

Él – ¿Por qué no?

Ella – Porque acabamos de representarla.

Se sonríen. Negro.

Escena 10

El hombre y la mujer están sentados en el centro, en la misma mesa, donde todavía hay algunos periódicos. Toman un café sin hablar ni mirarse. Cada uno coge un periódico y lo hojea. Él vuelve a colocar el suyo primero y fija su mirada en alguien al fondo de la sala.

Él – ¿Has notado a esa chica allí?

Ella coloca su periódico y mira en la misma dirección.

Ella – ¿Qué chica?

Él – Siempre está aquí al mismo tiempo que nosotros en este café. Exactamente a la misma hora. Siempre sentada en la misma mesa.

Ella – Y entonces, ¿qué?

Él – Nada... Me pregunto quién puede ser...

Ella – ¿Cómo quién puede ser...?

Él – No sé... Cómo se llama... Qué hace en la vida...

Ella – Puedes ir a preguntarle.

Él – No sé qué puede estar escribiendo en su pequeño cuaderno.

Ella – Tal vez sea una lista de compras...

Él – Sí, es posible.

Ella – Bastoncillos de algodón, pañuelos desechables, papel higiénico, protección femenina...

Él – Pensaba en algo más romántico...

Ella – ¿Te interesa tanto?

Él – ¿A ella en particular? No... Es solo curiosidad. Miro a la gente. Trato de imaginar sus vidas...

Un momento de silencio.

Ella – Así fue como nos conocimos, ¿recuerdas?

Él – Sí. Cuando todavía eras una desconocida para mí...

Ella – Fue en un café.

Él – En este café.

Ella – Parece que fue ayer.

Él – Estabas sentada en esta mesa.

Ella – Te acercaste a mí y me dijiste... que habías encontrado un pendiente.

Un momento de silencio.

Él – Todavía lo tengo.

Ella – ¿Qué?

Él saca algo de su bolsillo y se lo muestra.

Él – El pendiente.

Ella – ¿Y todavía lo usas de vez en cuando?

Él – No...

Ella – Es bonito.

Él – Nunca sabré a quién pertenece. En algún lugar de este mundo hay una chica que lleva el otro. Una chica que nunca conoceré. Tal vez esa chica...

Un momento de silencio.

Ella – Era mío.

Él – ¿Perdona?

Ella – Ese pendiente era mío.

Él – No te creo.

Ella saca algo de su bolsillo y se lo muestra.

Ella – Mira, todavía tengo el otro.

Él – ¿Por qué no me lo dijiste en ese momento?

Ella – Supongo que para que pudieras seguir buscando.

Él le tiende el arete que tiene en su mano.

Él – Bueno, aquí lo tienes, te lo regalo...

Ella – Gracias.

Hay una ligera incomodidad.

Él – ¿No te los pones?

Ella se pone ambos aretes. Él la mira y sonríe.

Él – No son... exactamente iguales.

Ella – No, nunca pude encontrar el mismo.

Él – Aún así te quedan muy bien...

Se miran el uno al otro.

Ella – Disculpa, pero...

Él – ¿Sí?

Ella – Nos vemos todos los días en este café y nunca hemos hablado realmente...
Podríamos conocernos...

Él le toma la mano.

Él – Prefiero que conserves un poco tu misterio.

Sus labios se acercan para besarse.

Negro.

Fin.

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicos (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más interpretados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde su sitio La Comédiathèque (comediatheque.net). No obstante, toda representación pública está sujeta a autorización ante la SACD.

Para aquellos que sólo deseen leer estas obras o que prefieran trabajar el texto a partir de un formato libro tradicional, se puede pedir una edición en papel de pago en el sitio The Book Edition o Amazon a un precio equivalente al coste de fotocopia de este fichero.

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Comedias para 2

Cara o Cruz
El Joker
El Último Cartucho
EuroStar
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Crash Zone
Cuidado frágil
Plagio
Por debajo de la mesa
Un pequeño asesinato sin consecuencias

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Después de nosotros el diluvio
El yerno ideal
Foto de Familia
Strip Poker
Un Ataúd para Dos

Comedias para 5 o 6

Bien está lo que mal empieza
Crisis y Castigo
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas

Comedias para 7 a 10

Bar Manolo
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
El pueblo más cutre de España

Comedias de sainetes (sketches)

Breves del Tiempo Perdido
Ella y El, Monólogo Interactivo
Muertos de la Risa

Todas las piezas de Jean-Pierre Martinez son libremente descargables desde el sitio comediatheque.net

*Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.*

Aviñón – Abril 2023

ISBN 978-2-37705-918-8

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.